

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 11 DE NOVIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.212

GOETHE Y EL SENTIDO DE LA VIDA



CUENTAN que un marino, sorprendido en alta mar por una noche tempestuosa, quiso dirigir su barco al puerto más próximo. Un su hijo pequeño que navegaba con él, estrechándose contra su pecho en las tinieblas, le preguntó: «Padre, ¿qué significa esa luz loca que a veces veo por encima y a veces por debajo de nosotros?» El padre le prometió la explicación para el venidero día, y entonces resultó que aquella llama que había desconcertado la noche anterior al medroso infante, no era sino la luz del faro que señalaba la entrada del puerto y que, mirada desde un barco combatido por las olas, tan pronto se veía por encima como por debajo de los navegantes. Yo también, en medio de un mar apasionado y turbulento, dirijo hacia el puerto mi embarcación, y si logro mantener fija mi mirada en la llama del faro, aunque ella parezca cambiar de sitio a cada momento, por fin me curaré, una vez repose, gracias a ella, en la seguridad de la playa.»

Con estas palabras, escritas por Goethe en la eterna ciudad de Roma el 21 de febrero de 1787, un Miércoles de Ceniza, empieza el insigne escritor alemán Alberto Haas, noble y fervoroso hispanista, un reciente estudio sobre el gran poeta de Weimar. Si en toda la obra portentosa de Goethe no lograrán hallarse palabras que con más claridad que las transcritas expresen la característica de su vida y sus aspiraciones, difícilmente también comentador alguno suyo, tanto en su patria como fuera de ella, habrá penetrado con tan certero espíritu como Alberto Haas, en el sentido, no ya de la obra poética y filosófica del divino Wolfgang, sino de su vida, que es su verdadera obra cumbre, su obra máxima, sol esplendoroso y pristino manantial de enseñanzas eternas.

Este sentido de la vida de Goethe, que tan lúcidamente sabe poner ante nuestros ojos Alberto Haas, tiene hoy más que nunca, en estos días azarosos y turbulentos, tan fáciles a toda desesperanza, a merced el mundo de la más horrible tempestad, un altísimo valor, del que es preciso penetrarse hondamente.

Nunca dejó Goethe, durante su larga vida, de mirar fijamente hacia el faro de sus anhelos de perfección, ni dejó de tener entre las manos el

timón de su barco. En la playa, lejos ya del agitado mar de las pasiones, se hallaba el fin al cual tendían todos sus esfuerzos. Y como hombre clarividente y enérgico, estaba seguro de que, una vez alcanzada la ribera prometida, en contraría, al amparo del faro salvador, la salud espiritual y la paz del alma. Pero, como su misma parábola lo indica, para llegar al seguro puerto es preciso pasar antes a través de la borrasca. Esto es: no desertar de la lucha, sino afrontarla serenamente y vencer en ella; vivir independiente de las olas y de las pasiones, mas no por haber huido a las soledades del desierto, sino por haberlas dominado con la voluntad, en

una labor perpetua, real y útil a la vez.

Para Goethe el concepto que mueve todas sus intenciones no es otro que el de la individualidad del hombre como causa y finalidad de su vida. De esta individualidad, considerada como un conjunto de fuerzas indisolubles, brotan, según él, todas las energías vitales. Mantenerla independiente es el deber al que se debe consagrar, con la máxima exaltación de todas sus potencias, el individuo; abandonarla, bien por claudicación ante las imposiciones del ambiente o por la fuga hacia esferas irreales, es incurrir en la peor de las traiciones: la traición contra uno mismo; llegar a la plena posesión de esa individualidad

soberana, alcanzar la armonía de todas sus facultades, es el fin y el objeto de la vida, la perfección deseada por todos y accesible a muy pocos. El pensamiento de Goethe se cifra en la seguridad de que hay y debe haber salud, paz y serenidad dentro de nuestra propia vida, sin necesidad de elementos ajenos a nuestra naturaleza, ni de una subordinación a conceptos extrahumanos. Goethe creía en la vida humana con un optimismo ciego y triunfador. Para él el faro cuya luz ilumina los conceptos justos, verdaderos y buenos, se halla asentado en tierra firme, al alcance de las energías pura y sinceramente humanas. Así la vida del autor del «Fausto», en su

majestuoso desenvolvimiento a través de un espacio de ochenta y tres años, no fué sino una continua labor dedicada a la consecución de este pensamiento, a su expresión artística y a su práctica diaria. Goethe llegó a columbrar las cimas de la divinidad por haber sido profundamente humano.

El final de los amores de Goethe y Federica es bien característico. Cuando el poeta se enamoró de ella no pensó en el problema que surgía al mismo tiempo. Mas a poco, su instinto de autoconservación, la celosa defensa de su independencia espiritual se despertaron cuando un acontecimiento casual lo trajo a la realidad. Hallábase Federica en Estrasburgo, de visita en casa de unas primas suyas. Fuera del marco campesino donde hasta entonces se habían desenvuelto aquellos puros amores, en el ambiente convencional de la ciudad, la hermosura rústica de Federica palideció bastante. No por eso dejó Goethe de admirarla y quererla menos que antes. Pero con una clarividencia sorprendente en un muchacho de apenas veintitrés años, comprendió en seguida que un casamiento con Federica sería fatal para el amor de ambos y un serio obstáculo en su evolución de poeta. Significaría la permanencia de una fase de su desarrollo espiritual, la petrificación de su sensibilidad momentánea, el abandono irrevocable de las demás preocupaciones espirituales de su vida y, finalmente, la perspectiva de una existencia incolora y apagada. Como lo hubo de decir más tarde en una de sus reflexiones, entendió entonces intuitivamente que la musa puede acompañar, pero no guiar al artista. Entrevió que la etapa final de aquel amor, trasladado al terreno burgués, entrañaría una situación insostenible para todos. Y entonces, con la energía de un timonel consciente de los escollos con



EXPOSICIÓN DE QUINTÍN DE TORRE.—SAN PEDRO, BUSTO EN MADERA POLICROMADA

Ayuntamiento de Madrid

que puede tropezar en su ruta, dirigió su barco hacia otras aguas. No dejó Goethe de sentir hondamente la injusticia que cometía en el orden vulgar de las cosas, y así se tuvo como ofensor de Federico hasta que ésta, algunos años después, supo perdonarle, justa y comprensiva. Una devoción profunda supo guardarle el poeta hasta el último de sus días, hablando siempre de ella con emocionada ternura. Pero no se rindió al cautiverio de su cariño, y como hizo luego siempre, en todas las circunstancias, mantuvo incólume su independencia espiritual.

Su concepto del individualismo se ensanchó y purificó con motivo de su trascendental viaje a Italia. En la isla del Lido, cerca de Venecia, exclama Goethe, contemplando el mundo de los seres que viven en las rocas y en las arañas del mar: «¿Qué cosa tan preciosa y gloriosa es cada uno de los seres que tienen vida! ¿Cuán adaptado está a las condiciones de su existencia! ¿Cuán verdadero y real es! El concepto del Universo como un conjunto armonioso de entidades o individuos esencialmente bellos, es—dice Alberto Haas—el fruto más valioso de su viaje a Italia. Su amor innato a la naturaleza humana y su perenne anhelo de serenidad se funden en la visión optimista de una hermosa organización del Universo. La belleza de la vida, tanto en lo espiritual como en lo material, adquiere para él la evidencia de un hecho indiscutible, omnipresente, omnimodo, consolador.

Para Goethe, la multiplicidad de los individuos no es heterogeneidad, ni uniformidad. Por el contrario, la vida individual y la felicidad coinciden precisamente con el pleno desarrollo de las facultades esenciales del individuo. Hallarse a sí mismo y profesar con alegría la propia naturaleza, significan la perfección y el goce absoluto de la belleza ideal. Esta perfección no se puede hallar fuera de nosotros, en la imitación de los demás o en un paraíso extraterrenal. Está dentro de nosotros mismos, y la encontramos cuando nos identificamos con nuestra propia esencia. Todos los individuos y todas las cosas participan de la misma gran naturaleza universal. «Percibimos la luz porque nuestros ojos participan de su naturaleza». Dios o la Naturaleza, como había dicho Espinosa, el filósofo preferido de Goethe, obran en nosotros, y todo lo que a nosotros nos incumbe hacer es reconocer su verdad y su realidad. Sincero, espontáneo, verídico, hermoso, armonioso y feliz, no son más que otras tantas expresiones para decir un mismo concepto y una misma cosa.

Enrique DOMINGUEZ RODRÍO

MOTIVOS

La modestia

DICEN que la modestia no está hoy en uso. En efecto; un viento de egolatría agita a estos nuevos legionarios del Arte. Si osáis preguntar a uno de ellos quién es el primer novelista, contestarán: —Yo. —¿El primer dramaturgo? —Yo. —¿El primer poeta de la nueva generación? —Yo—replicará con seguro y enérgico acento cada uno de los interrogados.

Parece como si hubiesen llevado a término ya toda su obra y—penetrando audazmente en el oscuro y profundo horizonte del porvenir—, alcanzasen a ver, permanente en el tiempo, el triunfo que hoy imaginan haber obtenido.

Se desprecia al artista silencioso y modesto que lucha y se obstina, persevera y calla, apartado de los cenáculos. Grave error. Creo percibir siempre un hábito de vitalidad en el ansia de perfección, y en esta misma ansia advierto un descontento de la obra actual—modestia—y un violento anhelo de superación y de avance. ¿No vislumbráis en este vivo anhelo de la gran obra futura un estado de «no conformidad», de insatisfacción por la obra realizada?

Preguntas

—¿Qué le parece a usted mi libro?—me preguntaba cierto amigo que me había enviado, días ha, una obra suya recién publicada—. Con sinceridad, ¿qué le parece a usted mi libro?

Amabilísimo y sonriente, el autor parecía suplicar unas frases de elogio. Nada más difícil que responder con sinceridad a este género de interrogaciones. Nada más fácil que halagar la sedienta vanidad del autor con unas discretas y benévolas palabras de aprobación. De desear es que esta aprobación, este elogio, nos sea enérgicamente impuesto por la obra misma. La vibración de entusiasmo que engendra un admirable libro nos arrastra a pregonar sus excelencias. Queremos hacer a todos partícipes de aquella emoción que nos agita, y necesario es cierto tino y esfuerzo reflexivo para no caer en hipérbole. Obra en nosotros un milagro de purificación este entusiasmo, y olvidamos entonces esa monstruosa leyenda de perversiones y de vicios que la envidia va casi siempre lentamente tejiendo en torno de los autores que son dignos de una gloriosa fama.

Ferviente anhelo de posteridad: he aquí la más noble ambición del verdadero artista. ¿Quiere decirse que éste desdeña la opinión de sus contemporáneos? No la desdeña, pero tampoco la mendiga.

Los maldicientes

Delicados y sutiles, con una ironía envenenada y exquisita, escurridizos, amables y corteses, los maldicientes penetran en los cenáculos, saloncillos y Casinos. Entran solapada y silenciosamente, acércanse a un grupo, escuchan, se inclinan para oír mejor o para pronunciar quedamente una banalidad muy discreta mientras elaboran ese veneno sutil de su ironía, esa frase mordaz, que

duele como una picadura y difama como esas acusaciones insinuantes y torvas de las comadres. Se habla de Fulano de Tal, afortunado escritor, muy halagado por el éxito.

—Sí, muy bonita obra... si fuera suya.

—¿Qué dice usted? —pregunta con asombro un ingenuo contertulio.

—¡Oh!—exclama, sin dar importancia a lo que dice—. Ya nadie lo duda. La idea fundamental es de D'Annunzio. El episodio tan interesante del capítulo cuarto está tomado de una comedia de Oscar Wilde... Todo el mundo lo sabe... Lo demás está bien. El es una excelente persona. Yo le quiero mucho.

—¿Usted le conoce?

—Es mi mejor amigo. ¡Ya lo creo! Tiene una gran cultura. El leer demasiado le pierde. Cuando se ha leído tanto es muy difícil hacer nada original. ¡Muy buen chico!...

Roberto MOLINA

El día 15 del corriente se pondrá a la venta en toda España la nueva novela de

FRANCISCO CAMBA

La noche mil y dos

Editada por RENACIMIENTO

¿Cómo hemos cambiado!

HEMOS evolucionado, y en esta evolución está la absoluta e imperiosa necesidad de saltar desde la cama al suelo, bien tempranito, para comenzar a cumplir nuestros deberes de ciudadano cuando aún los buñuelos conservan el calor de su confección. Preciso es reconocer que nos habíamos abandonado mucho en nuestros deberes, comenzando por no pagar al sastre y acabando por dejar transcurrir el tiempo sin insultar al amigo que nos es antipático.

—Señorito, las ocho.

—¡Caray, qué temprano! ¿Estás segura de que es a mí a quien tienes que despertar?

—Pues, ¿a quién va a ser? Yo ya estoy despierta; luego es a usted.

—Es verdad; me espera la oficina, y al frente de ella un señor que tiene la cara tan de vinagra, que si se le pone debajo una fuente con ensalada se adereza ésta sola. ¡Ea, arriba!

El individuo aquel, que antes permanecía en el lecho adoptando posturas orientales hasta bien entrada la mañana, acude a un esfuerzo de voluntad y al recuerdo de la nómina, que puede tambalearse al menor descuido, y, ¡zas!, se levanta al grito interior de: ¡Regenerate, y acude a despachar ese expediente de ayunos que dejaste pendiente ayer!

Metodizando y encauzando nuestra vida por la severa senda del cumplimiento del deber, se obtiene un resultado felicísimo y se consume menos bicarbonato.

Había que vernos antes de tener absoluta necesidad del madrugueo. Al terminar las representaciones en los teatros, los noctámbulos recalificantes caían en tropel en los cafés, y allí, frente a un chocolate y a una Peña de amigos, dejaban transcurrir las horas como si tuvieran ya absolutamente resuelta su vida.

—¿Has visto lo de Godínez?

—Ya, ya. ¿Quién lo había de decir? Un muchacho tan serio y salir con esas.

Con lo que se ha salido Godínez no puede ser más sencillo: que se ha casado, o que ha estrenado una pieciciita en Martín, o que se ha hecho un traje a rayas, con el que parece una cebrá; pero cualquiera de estas cosas, que maldito lo que les importan a los que componen la Peña nocturna, es materia de discusión y de análisis, saliendo a relucir Godínez, la familia de Godínez y hasta la vecindad de la casa donde mora Godínez.

Liados con tan interesante tema, aquellos pelmazos dejan pasar las horas, hasta que el mozo del café les hace comprender que es más el gasto de fluido eléctrico que están consumiendo que la ganancia que puedan dejar por sus respectivas consumaciones.

—Es verdad, Juan; ¿qué hora es? Las cuatro. ¡Qué atrocidad!

Cuando llegan a su casa, el sereno les abre la puerta con cierto aire picaresco y hasta suele decirles: —El señor viene de juerguecita, ¿eh?—. Cosa que halaga al vecino, quien se acuesta pensando que la vida para él es más agradable que un plato de natillas.

Esto ya se acabó; ahora no hay comentarios sobre la vida particular de Godínez ni de nadie, hechos a últimas horas de la noche. Ahora hay que guardarse sus opiniones o exponerlas cuando luce el sol, pues trasnochar y madrugar es incompatible.

Por eso las costumbres van cambiando, se ha dulcificado la gente y el más sano optimismo nos invade a todos. ¡Hay que ver el número de noviazgos que han comenzado desde que se ha verificado el cambio!

Aquellos que llevaban el alta y baja de los carteles de variedades, se preocupan ahora del precio de las patatas, pues piensan en el matrimonio como final de su regeneración, y no falta quien ha mandado teñir sus trajes en negro para darle mayor seriedad a su persona. Ahora nos vienen a proponer el encerrarnos con cuatro amigos, otras tantas amigas, unas botellas y un tocador de guitarra, y ponemos la misma cara repulsiva que si solicitasen nuestro concurso para asaltar a mano airada una joyería.

—¡Desgraciado! ¿No comprendes que esa vida depravada ya murió? ¡Botellas, guitarra, amigas...! ¡Desgraciado, otra vez! Oye, ¿son guapas?

Y es que no sirve darle vueltas al asunto; hemos evolucionado, pero somos héroes a la fuerza. ¡Oh, aquellos otros tiempos!...

A. R. BONNAT

LOS POETAS LÍRICOS

CIUDADES DE CASTILLA

Estas viejas ciudades de la vieja Castilla, cuyo aroma pretérito todavía perdura, guardan entre sus ruinas la fecunda semilla de una raza de héroes sobria, sublime y dura.

Una lúgubre crónica de mártires y ascetas —estoicas torturas en los cuadros del Greco—. Un labrador honrado, unas arcas repletas de piedra y un hidalgo raro, cenceño y seco.

Un derruido palacio de trágica leyenda —el abate maldito, la dueña exorcizada—. Un anhelo supremo de la mística ofrenda.

Y, como ejecutoria, la gualda llamarada de la tierra, que espera la futura contienda, grave y rotunda como un verso de la *Iliada*.

José VEGA DE RIVERA

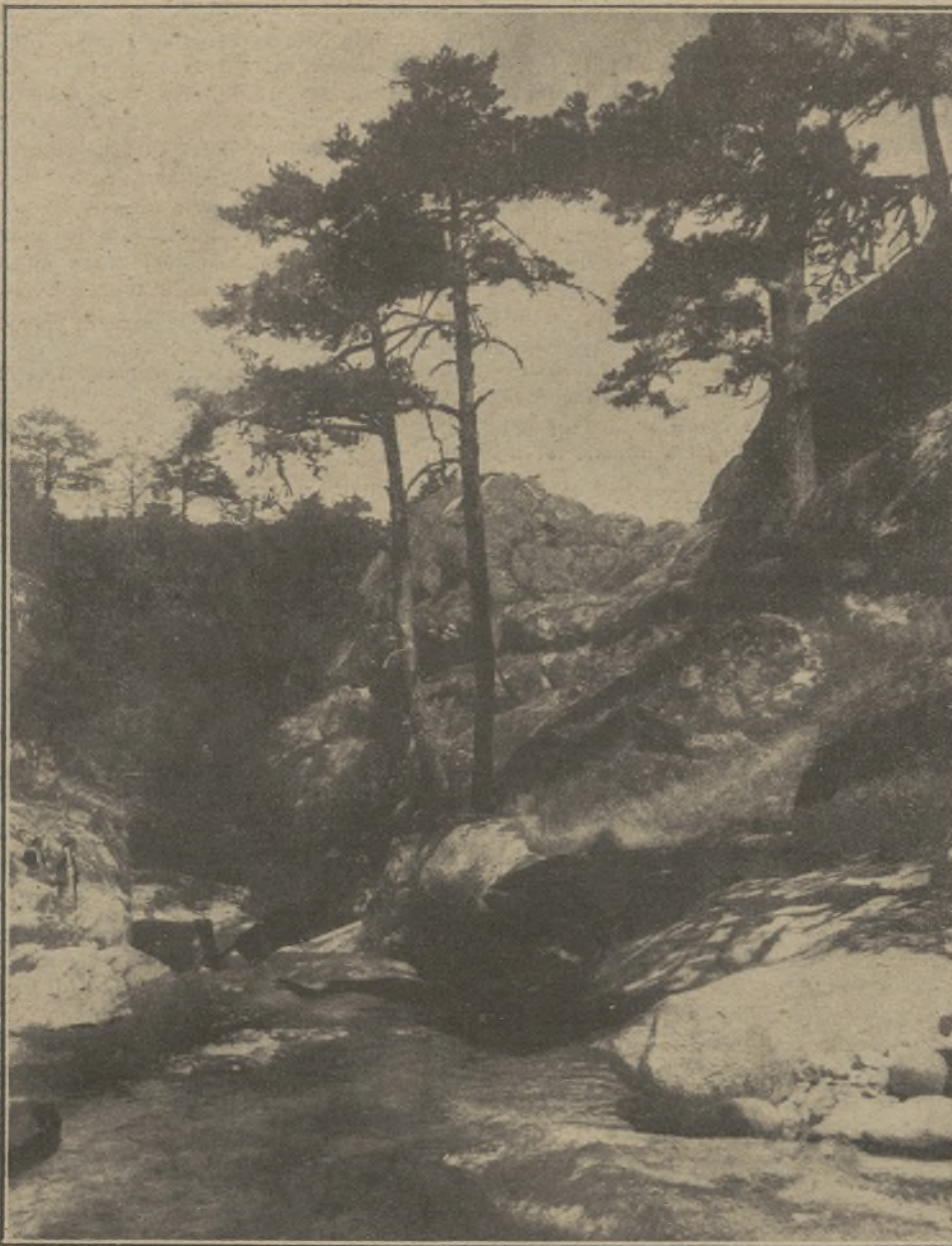
EL MÁS BELLO RINCÓN
= DE ESPAÑA =

GRANDEZAS DE AYER Y BELLEZAS DE HOY

Estos pinares de Valsain, donde sería posible encontrar cien rincones, mil rincones de apacible belleza y poético misterio, están consagrados por la historia y la leyenda juntamente. Felipe V, alzando el palacio y trazando los jardines de San Ildefonso, dejólos reducidos, de Real Sitio donde se recrearon Enrique III y Enrique IV y los reyes de la Casa de Austria, a una explotación maderera, donde una máquina hidráulica movía el serrío de maderas que existió hasta los comienzos del reinado de Carlos IV. Necesitado de dineros el Real Patrimonio, hizo que Fernando VII tornara sus amorosos ojos a las bravías riquezas de Valsain, e intentara de nuevo trocar los árboles centenarios en dobles cantantes y sonantes, y para ello hizo montar otra rueda hidráulica que movía traca sierras. Asombra que aún queden en estos bosques árboles titanes, maticados de verdura donde apenas pueden penetrar filtrados los rayos solares, después de las talas implacables que aquí se han realizado, y así, pensando en esto, imaginamos qué grandiosa majestad deberían tener estos bosques cuando en 1270 fueron elegidos para aposentamiento y descanso de los monarcas castellanos.

Pocas gentes, de las que por recreo y por curiosidad noble vienen a recorrer estos lugares, dejan de advertir el contraste que se ofrece entre estos pinares bravíos, arraigados sobre peñascales abruptos, obra varia y asombrosa de la Naturaleza, con el fingimiento y artificio que trazaron hábiles jardineros en el cercano sitio de La Granja. Parece el testimonio del distinto temple espiritual de las tres dinastías que gozaron la belleza y apacibilidad de estos Sitios: la de los reyes castellanos netos, flor de la raza hispánica, templados en las guerras con la morisma, pudiendo apenas refrenar la levantisca hueste de los caballeros y señores que les rodeaban y que cada uno se consideraba valer tanto como el rey; la de los austriacos descendientes de Felipe el Hermoso, y la de los franceses, que trajeron a España los gustos de la Corte de Versalles.

Todavía se advierte más: entre los austriacos, los dos titanes, en quienes parece la vida un combate interior entre los dos templos de sus progenitores: la bravura castellana y la altivez austriaca; Carlos V y Felipe II gustan de Valsain y residen en su palacete y recorren sus bosques. Aquí fué, en pleno agosto, donde nació una mujer, de quien quedan hartos testimonios en las historias: la infanta doña Isabel Clara Eugenia, que



Núm. 21.—Pinar de Valsain (Segovia). Lema: ARROYO TRANQUILO.



Núm. 22.—Ermita del Santo Espiritu, en Fica (Vizcaya). Lema: COUNTRY-TRÖTTER.

fué aquí mismo bautizada, teniendo por pila bautismal un perol cuadrilongo, de cobre, por el nuncio Juan Bautista Castaneo, que llegó luego a Papa y reinó con el nombre de Urbano VII.

Más glorias pudieran contarse de Valsain si las indagaciones históricas hubieran esclarecido bien los orígenes y uso que tuvo el acogimiento de los templarios llamado Casa-harás, donde frecuentemente luego descansaron los reyes en sus correrías por estas asperezas. Penitencia, reclusión, retiro de arrepentimiento, se ignora a ciencia cierta a qué fines destinaban los caballeros templarios este edificio, en lugar despoblado que cubre de nieves el invierno.

Después de Felipe V todo ha sido desolación y abandono. Se taló los bosques, se dejó derrumbar los edificios y hasta una Virgen de los Remedios, que tenía su ermita al paso de los caminantes y trajineros, tuvo que ser llevada a la aldea cercana de Revenga para que no quedara soterrada entre los escombros... Esta es, sin embargo, el más bello rincón de España...

*

Al lado de estas grandezas que evocar el Imperio donde el sol no se ponía, ¿qué podré yo decir de la ermita del Santo Espiritu, en la vascongada tierra de Fica? Por todo palacio una salita cuadrada, cuyo retablo se puede venerar desde el pórtico. Un tejadillo lo cubre para amparar a los devotos de la llovizna pertinaz. Severas son las columnas que lo sostienen. La espadaña es bella y graciosa, pero no hay en ella campana que llame a los fieles. Un árbol centenario tiende sus ramas vigorosas hacia la ermita, y parece ofrecerle su copa majestuosa para dospel. En la lejanía, otras casitas, otros árboles... la melancólica belleza de Vizcaya...

Para hablar de estos paisajes sería preciso resucitar el modo ingenuo, el estilo llano, el sentimentalismo tierno y casi infantil de Trueba. Antón el de los cantares nos habla de estas ermitas, de estos árboles de tronco recio y amplia copa, de estos caseríos en las faldas de la montaña, de estos regatos, de estos hombrones sencillos y temerosos como niños, con una unción que no tiene par en toda nuestra literatura. Así, en la ermita del Santo Espiritu no vemos solamente un paisaje encantado, un bello rincón lleno de poesía y misterio, sino un símbolo de la raza fuerte, sencilla, que sustenta su fe en la humildad de estos altares.

MINIMO
ESPAÑOL

LA NIÑA QUE QUISO SER MUJER

CUENTO PARA NIÑOS POR SARA INSÚA

Yo no sé qué tiene la nena; está pálida y tristonera. ¿Se irá a enfermar?

Esta pregunta se hacían con frecuencia los padres de Lalá, que vivían casi exclusivamente para aquella hija que les había mandado Dios cuando no la esperaban, como un consuelo para su vejez. Por eso la niña fué recibida como un regalo del cielo por los padres, y como un juguete de carne para sus dos hermanos, Luis y Adela, que le llevaban diez y siete y quince años, respectivamente. Le pusieron por nombre Laura, que era el de su madre, pero le decían «Lalá», «nena», «pitusa» o «baby»; fué mimada, consentida y adorada como pocos niños puedan serlo.

Tenía seis años cuando la palidez y la tristeza de Lalá empezaron a inquietar a su familia, que no lograba conocer la causa de un estado tan singular. ¿Quién iba a adivinarlo?... Veréis lo que era. Lalá estaba pálida y triste porque quería ser mujer. Inopinadamente le alurrieron las muñecas, los patines, los paseos por el Retiro, y sintió enojo de que la acostaran a las ocho. La institutriz le pareció la pantera de la Casa de fieras. ¿Qué cambio en sus pensamientos infantiles?... Su hermana Adela, que ya tenía veintidós años, iba a tes, a bailes, a teatros y llevaba vestidos largos... (¿largos?... y tacones altos. ¿Por qué ella, Lalá, no podía tener veinte años?...)

Y no es que Lalá fuese envidiosa, ¡cual, nada de eso; es que no se conformaba a ser niña «tan pequeñaja». Habría dado todos sus juguetes—que ya no la entretenían—y hasta su collarcito de perlas, por ser grande, hacerse moño y ponerse zapatos de tacón alto. ¡Oh, los zapatos de tacón alto eran su obsesión!

Una noche en que la familia había ido al teatro, Lalá estuvo más triste e intranquila que nunca. Vió salir a su hermana, deslumbrante con un vestido bordado de cuentas, con unos zapatos de tisú de plata y una capa de terciopelo blanco que parecía el manto de una reina, de esas que ella veía en grabados en los cuentos de hadas.

¿Adónde vas?—le preguntó.

—Al Real.

¿Al Real? ¿Cómo sería el Real? Lalá se figuró algo maravilloso, fantástico, y pensando en esto daba mil vueltas en su camita, sin poder dormir.

No había cerrado aún los ojos cuando su madre, de regreso del teatro, entró a darle un beso.

—¿Pero no te has dormido?

—No, mamá. Dime, ¿era muy bonito lo que viste?... ¡Anda, cuéntamelo!

¿Cómo no complacer a la nena, que, además de ser «la nena», estaba pálida y no había podido dormir?

—Verás—dijo la mamá, sentándose junto a su camita. Era «Fausto» la ópera que vimos, ¿sabes? Un viejo muy viejo, y por añadidura sabio, que quiso ser joven... El diablo se enteró de su deseo y vino a ofrecerle una nueva juventud a cambio de su alma... Fausto no vaciló; cedió su alma, y cádate que se convirtió en un mozo gentil de veinte años. Pasaron muchos, y Fausto fué viejo otra vez. Llegó la hora de morir, y Mefistófeles apareció, dispuesto a recoger su alma. Pero Fausto se arrepintió de su pecado, invocó a Dios, y he aquí que bajan de lo alto unos ángeles muy lindos que arrancan de sus garras al Diablo el alma de Fausto y se la llevan al cielo. Co-

mo Dios es tan bueno, perdona a los más grandes pecadores.

—¿Y cómo es el Diablo, mamá?

—¡El Diablo!... lleva una capa negra, muy grande..., anda por los aires..., brota del suelo... Este, el que vimos en la ópera, era muy guapo..., vamos, un diablo de teatro. Y ahora—agregó la mamá—, mi nena a dormir.

Lalá cerró los ojos; pero al quedarse sola vió, a la luz de la lamparita rosa, un hombre muy guapo, envuelto en una capa negra, que la miraba sonriendo.

—¿Eres el Diablo?—le preguntó.

—Sí. Sé que no estás contenta con ser niña, que deseas ser mujer, y yo puedo hacer que lo seas ahora mismo si me vendes tu alma.

ron muy pronto, porque todo en la vida de Lalá pasaba con una rapidez cinematográfica, con cierto sabor fantástico.

La boda fué, realmente, de cuento de «Las mil y una noches». Todo era regalos: vestidos, muebles, joyas, tapices, sedas, y muchas personas que la felicitaban, augurándole un dichoso porvenir.

Pero—cosa singular—el automóvil en que subió con su marido al salir de la iglesia, corrió y corrió a través de los campos y bruscamente se detuvo en una casita muy pequeña.

—¿Por qué nos detenemos aquí?—preguntó.

—Porque ésta es nuestra casa y aquí vamos a vivir.

Y Lalá se encontró en una habitación

—¡Bah! Parece un pájaro frito—contestó el padre. No me hace ninguna gracia, porque ahora va a andar todo mal hecho y, además, cuando queramos recordar tendremos ya diez hijos.

Y así fué. Después de aquél, vinieron niños y niñas en una abundancia pasmosa.

Lalá se veía y se deseaba para atenderlos. ¡Qué de angustias y trabajos le proporcionaban aquellos hijos!... Cuando, al fin, llegaba la noche y conseguía verlos dormidos, su descanso era lavar y coser la ropita, que manchaban y destrozaban al siguiente día.

Todo llega, y también llegó un día en que Lalá vió, emocionada, a sus hijos convertidos en hombres y mujeres. ¡Ojalá no los hubiese visto! Porque, ingratos y egoístas, cada cuál tomó el rumbo que su deseo le marcó, abandonándola sin gran pesar.

—Era preciso—afirmaban ellos—recorrer el mundo. Tenemos que vivir nuestra vida.

Y otra vez se encontró solita Lalá, pues hasta su áspero marido había desaparecido, y lo más doloroso era que estaba tan viejecita que le faltaban las fuerzas para todo. Pensaba con amargura en el poco amor de sus hijos, en su existencia de continuos sacrificios, que le había parecido tan larga y resultaba ahora tan breve.

—¿Cómo ha pasado todo!—se decía—. ¡Qué de prisa ha caminado el tiempo para mí! Parece que fué ayer cuando encontré a mi primer hijo... Y que fué ayer cuando llegué a esta casa..., y ayer cuando era una niña y...

De pronto recordó, espantada, que por su gusto, y merced a un terrible pacto, dejara de ser niña. Y que éste debía estar a punto de cumplirse...

En efecto; como si estuviese esperando la evocación de Lalá para presentarse, surgió ante ella el Diablo, envuelto en su gran capa negra. Y no era aquel Diablo guapo y risueño que antaño le abría las puertas de la vida, no; era un Lucifer horrible, de largas uñas y aspecto aterrador, que reclamaba el alma comprada.

Estremecida de espanto, Lalá dió un grito. Y sintiéndose niña y en su camita blanca, llamó:

—¡Mamá! ¡Mamáita!

Unos brazos la cogieron con suavidad y unos labios se posaron sobre su frente sudorosa. Era su madre que le decía:

—Pero, nena, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

Abrió los ojos, y temblorosa por el miedo que acababa de pasar, abrazando a su madre, dijo:

—¡Ay, mamá, qué sueño tan malo! Figúrate, el Diablo de «Fausto» quería llevarme.

—Yo tengo la culpa por contarte cosas que los niños deben ignorar.

—No, mamá, has hecho bien; ya todo pasó.

Y, como hablándose a sí misma, añadió:

—¡Qué malo es ser mujer!...

Pasaron los años. Creció Lalá, se peinó moño, calzó zapatos de altísimo tacón y fué mujer, una mujer excepcional y adorable, porque supo conservar su alma de niña.

Sara INSÚA

Dibujo de BARROLOZZI.



—Sí, diablito; hazme como mi hermana, y tuya será mi alma.

El Diablo la cubrió un momento con los vuelos de su capa y desapareció. Acto seguido sintió Lalá que no cabía en la camita; se levantó de un salto y tuvo que envolverse en la colcha, porque el camisón había estallado por pequeño. Se miró al espejo. Era alta. Sus gritos de alegría despertaron a sus padres y a sus hermanos, que se quedaron estupefactos ante el prodigio.

Lalá se guardó muy bien de decir que había vendido su alma al Diablo, y como a todo se acostumbra uno, al poco tiempo ya nadie recordaba a Lalá pequeña.

Tuvo vestidos largos, se peinó de moño, se puso tacones, concurrió a teatros, bailes y fiestas deliciosas, y en todas partes fué admirada por su belleza, su simpatía y su elegancia. En una de esas fiestas conoció a un hombre encantador, que quiso casarse con ella. Y se casa-

tan humilde, que se estremeció de horror ante la idea de vivir allí.

Pero, ¿qué podía hacer? Era preciso respetar la voluntad de su marido. Desde aquel momento tuvo que ocuparse de los quehaceres de su casa: lavar, guisar, barrer, limpiar los pequisimos muebles que encontró, y pronto y con gran lino, porque su marido, al menor resaca, la increpaba y reñía brutalmente.

Un día que Lalá estaba a la puerta de su casa zurciendo los calcetines de su amo y esposo, que, como de costumbre, se había marchado al campo a pasear, oyó un llanto muy débil que partía de su alcoba: entró y vió, asombrada, sobre su cama, desnudito y tiritando de frío, un niño precioso.

—¡Un hijo, un hijo que me manda Dios!—gritó, llena de alegría.

Y tomándolo en sus brazos, lo arropó y por poco se lo come a besos.

—¡Mira qué encanto de nene!—dijo al llegar su marido,

LO QUE PIENSAN LOS MUERTOS

NOVELA CORTA ORIGINAL DE WENCESLAO FERNANDEZ-FLOREZ

I

Los dos espectros se encontraron en la encrucijada. Eran de una vaga luminosidad en la negrura pavorosa del bosque sacudido por el viento y la lluvia. Uno rozaba las inclinadas ramas de los árboles; el otro apenas sobresalía de las matas de tojo. Se encontraron, y el más pequeño hizo un movimiento sobresaltado y gritó:

—¡Un fantasma!

Y echó a correr. Pero no tardó en surgir nuevamente por el mismo sendero.

—Perdone usted — dijo, entonces, un poco confuso—. Caminaba distraído y... no he podido evitar...

—Nada tiene de extraño— contestó el otro—. ¿Es usted un espectro reciente?

—Hago hoy mi primera salida.

—¡Ah! Naturalmente, siempre hay cierta desorientación...

—Una terrible desorientación.

El viento silbó, rugió y volvió espantado. Todos los árboles forcejeaban como si también quisieran huir.

—¿Tengo quizá la suerte de hablar con un veterano?— indagó el espectro pequeño.

—¡Pchs! — hizo el mayor—. Cien años de práctica. ¿Ha sido usted destinado a este bosque?

—No; voy de paso.

—Le felicito. El servicio de bosques es muy penoso y poco risueño. Se divierte uno más en una casa de huéspedes. Aunque para un espectro formal no hay nada como un viejo castillo. Siempre lo dije. ¿Acaso es usted de la Brigada Móvil?

—Tampoco. No doy la talla. Bien sabe usted que todos los espectros han de ser altos. Yo tengo un metro veinte centímetros. He solicitado la apariencia fantasmal para un asunto propio. Quiero asustar a mi viuda.

—¡Ah!

—A mi viuda y a cierto señor que no estará muy lejos de ella.

—¡Hola!

—¿Va usted a la ciudad?

—Sí, voy a la ciudad.

—Entonces, mientras caminamos, le contaré mi asunto, si no le molesta. Pero... ante todo, me parece que debiéramos tutearnos. Entre dos camaradas...

—Con mucho gusto.

Y se alejaron, casi sin rozar el suelo, junto a los recios troncos crujientes y las matas espinosas que cardaban el hucarán.

—Me llamaba—fué diciendo el fantasma pequeño—Jorge Monleón. El rastro de mi apellido se puede seguir hasta el siglo XI, y esto nos tenía a todos legítimamente satisfechos. Puede decirse que desde la mitad del siglo XII hasta hoy el esfuerzo de todos los Monleones se redujo a procurar que el apellido no se extinguiese, y su encomiable tenacidad se

vió siempre premiada. Cuando comenzó a declinar mi juventud juzgué llegado el momento de cumplir mi grave misión, y me casé. Debí confesar que me casé enamorado, inmensamente enamorado de mi mujer. Ana Mariana tenía entonces veinte años y todas las perfecciones. Pero...

El fantasma abrió sus bracitos lumino-

certidumbre. No puede haber una angustia mayor sobre la tierra, camarada... El grito que dieron al verme me hizo reaccionar. El amante huía hacia el balcón. Al malvado no le importaba correr en paños menores por la calle en pleno día. ¡Alma negra!... Disparé y cayó al suelo. Disparé otra vez y vi correr la sangre por el pecho de Ana Mariana. En-

jé expedita la senda... Naturalmente, esto no puede quedar en tal estado. Como suicida tengo derecho a aparecer fantasmalmente. Formulé mi instancia y aquí estoy. Ahora veremos quién va a reír más fuerte. Mi sombra no se apartará nunca de ellos hasta que les haga enloquecer. No tendrán noche de sosiego, ni caricia que no interrumpa mi presencia...

Lo he estudiado todo. Voy a aparecer despacito, con los brazos abiertos... Nada de brincos, ni de golpes; quédense para los espectros de aldea. Muy digno, muy serio... Así... Me asusto yo mismo de pensarlo...

Enmudecieron. Se veía a lo lejos el resplandor de la ciudad al través de la lluvia. El espíritu de Jorge inquirió:

—¿Y tú qué procuras?

—Nada — respondió el otro.

—¿Asustas a alguien?

—No.

—¿Qué hiciste en la vida?

—Tuve hambre, frío, descontento, dolores y soledad. Morí joven. Fui poeta.

—¿Cómo te llamabas?

—Juan de los Olmos.

—Nunca he oído de ti.

II

Esta noche el viento no ha salido de su madriguera, y la lluvia está sola en la oscuridad. La lluvia, amigos míos, es la novia del viento. Tiene un tallo largo y flexible, hecho de hilillos de agua, y le gusta ser cogida por él, y doblarse y girar, en una danza enloquecida. El viento es un músico prodigioso y hace instrumento insospechado de todo lo que hay sobre la tierra. Aparece, y todo se pone a silbar en mil tonos distintos, como si obedeciese, temblando, a un conjuro poderoso. Y entre los fuertes brazos del huracán, la lluvia va y viene, y se arremolina y mezcla al concierto un rumor, como si arrastrase en la danza una larga cola de seda. Cuando el viento no acude, la lluvia está triste, como una enamorada que esperase en vano. Cae desmayadamente, tediosa, y hasta se la oye llorar su abandono.

Esta noche la lluvia está sola en la oscuridad, y el bosque entero duerme bajo su arrullo. Se ha entablado un diálogo misterioso entre las gotitas innumeras que caen de lo alto y los goterones que se desprenden de las ramas desnudas de los árboles. Las gotitas precipitadas formulan como una queja infantil; los goterones lentos parecen contestarles de cuando en cuando con un consejo sesudo. Y el bosque duerme.

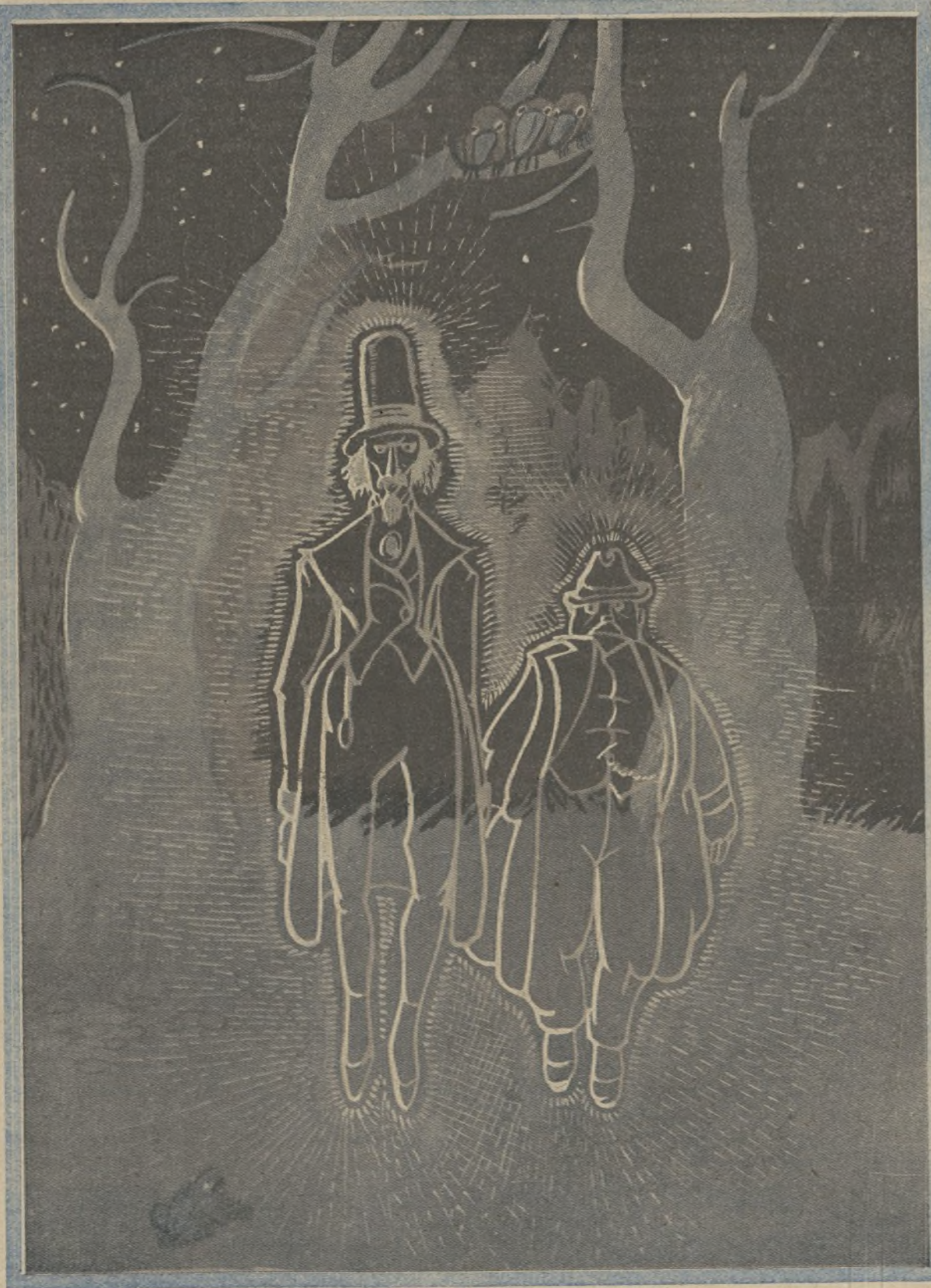
Los dos espectros vuelven a encontrarse en la encrucijada; emparejan y se dirigen silenciosamente a la ciudad.

—¿Has visto a la mujer a quien amas?

—preguntó, al fin, el más alto.

—Sí.

—¿Y qué has hecho?



tos y añadió, con un suspiro doloroso:

—Pero... no me amaba. Cuando tuve la primera sospecha de que me era infiel sufrí como no pudo sufrir el mismo Otelo. Disimulé cautamente y esperé... De aquellos días, de aquellos meses no me queda más recuerdo que el de esa larga espera torturadora, con el alma ausente de todo lo que no fuera mi obsesión, viviendo en agonía... Una tarde los sorprendí. Contemplé la impúdica escena, inmovilizado por el horror de la

tonces... yo lo había perdido todo: el amor y la honra...; entonces, camarada, acerqué rápidamente la pistola a mi propia sien. No duré un minuto. Al día siguiente me enterraban a la Federica.

—¿Y ellos?

—Ellos viven aún. El amante había caído de puro miedo. ¡Miserable! Ana Mariana curó antes de los treinta días. Comprende cuál fué mi desesperación cuando pude enterarme. Se aman, son felices, se ríen, acaso, de mí, que les de-

—Nada aún.

Callan. El fantasma pequeño se decide a explicar, después de unos segundos:

—Llegué en mal momento. Ella y su amante estaban asomados al balcón y contemplaban el cielo. «¿Ves esa estrella? —dijo la adúltera, señalando a Marte—; es la mía.» El amante miró al planeta con afectuosa curiosidad; después buscó en el enjambre luminoso y dijo: «¿Ves esotra que tiembla, estremecida de pasión, con destellos magníficos? Es mi estrella.» Seguí su indicación. Señalaba a Sirio. ¿Tú has pasado cerca de Sirio, camarada?

—Sí.

—La idea de que aquel badulaque creyese que Sirio, inflamado en un caos indescriptible, tuviese una relación estrecha con su mezquino ser, con su pasioncilla, y de que mi viuda proclamase que un planeta era su alcahuete desvergonzado, me produjo un ataque de risa. Reí un cuarto de hora, oculto en un rincón. Cuando volví a acercarme seguían diciéndose majaderías. Comprendí que no podría aparecer suficientemente terrible, suficientemente tétrico. Y me marché. Si surgiese entonces, me contaminaría de ridículo.

—Es verdad.

—Abandoné aquella casa y me di a recorrer la población. Es un agudo placer el de ver y oír sin ser visto ni oído, especialmente cuando se siente uno en posesión de un espíritu crítico nuevo y extraño como el que advierto ir brotando en mí, tan diferente al que antes tenía. Viajé en tranvía, fui a los Casinos, escuché charlas. ¿Y sabes qué nombre he oído pronunciar en todas partes?

—No sé.

—El tuyo. El de Juan de los Olmos.

El espectro alto mira recelosamente a su compañero.

—Hasta hoy—murmura—no hay noticia de que ningún fantasma se haya vuelto loco. ¿Qué ocurre con mi nombre?

—Ocurre que han arrancado del olvido tus poesías. La crítica asegura que fuiste genial. Un editor ha publicado tus obras, después de una rebusca laboriosísima, y recibe pedidos por millares. En todos los periódicos aparecen tu retrato y largas notas biográficas. Casi todas las mujeres de la nación están llorando a estas horas sobre tus versos. Eres célebre. Y ya tengo un gran placer en ser el primero en felicitarte.

El espectro alto se detiene.

—Ven a la ciudad—apremia el otro.

—No.

—Gozarás de tu triunfo.

El espectro alto calla, hoscamente. Su compañero, entonces, se aleja, rauda y magnífico, con ese garbo y esa satisfacción de la apariencia que sólo puede tener un fantasma nuevo o un alférez que acaba de recibir su real despacho.

III

—Ha quedado un jirón de niebla allá, entre los árboles —dijo la guardesa de mejillas de melocotón, que estaba asomada en su casita de troncos.

—Sí—contestó el guarda.

Pero debe decirse que el guarda estaba besando las mejillas de melocotón, y ni aun miró hacia los árboles. De no ser así, acaso hubiese advertido que aquel jirón de niebla que se movía lentamente entre los altos cedros era un fantasma meditabundo, con todas las trazas de estar esperando a alguien en el bosque.

Este alguien llegó al fin; era otro espectro, bajito y rechoncho, que gustaba de hacer cabriolas sobre las matas. Saludáronse y emprendieron la senda habitual. El recién llegado afirmó:

—Hoy estoy muy contento. Me agrada poder silbar un poquito, aunque fue-

se entre dientes, como cuando vivía en la ciudad.

—¿Traes buenas noticias?—preguntó el otro.

—He zascandileado mucho por los corrillos y sé alguna buena noticia.

—¿Te has vengado?

—¿Vengarme? No...; aún no. Anoche estuve allí, pero... aún no era el momento.

—¿Tampoco anoche?

—Tampoco.

—¿Qué hacían?

—Cuando llegué estaban sentados en un diván y se disponían a besarse. En mi existencia humana hubiese bastado tal intento para cegarme de ira; pero si un hombre ve lo que yo vi, quizá hubiese seguido la misma conducta mía. Vi, querido camarada, que en los entreabiertos labios de la mujer había quince neumococos, y en los del amante veinte bacilos de Ebert. Se besaron los adúlteros, separáronse para mirarse a los ojos, y entonces vi que mi viuda se había desprendido de ocho neumococos y había adquirido catorce bacilos. Volvieron a besarse y todos los microbios quedaron en la boca de Ana Mariana. En un tercer beso se llevó él nueve de cada clase. «Bien—me dije, riendo—; vamos a ver cuál se guarda el lote mayor.» Te juro que este juego era lo único entretenido en la escena, porque el beso... el beso... —ahora lo comprendo bien—es una estupidez gigantesca. Imagínate que alargaban los labios como si fueran a sorber por una pajita, los aplastaban ridículamente unos contra otros y los abrían con fuerza. Entonces se oía: ¡chas! Y se quedaban tan felices. Es grotesco, ¿eh?

—Es grotesco.

—¿Pensar que a mí me gustaba también practicar esa tontería! Pero ahora advierto claramente su absoluta falta de importancia, y si no hubiese sido por ver en qué paraba aquel ir y venir de los microbios, habría roto a bostezar a los cinco segundos. Aun así, no podía aparecer sin exponerme al ridículo. No está bien que un espectro se presente cuando dos personas se entregan al juego irrisorio de hacer ¡chas! con los labios. Esperaré una ocasión más solemne, más grave, para confundirlos. ¿Qué te parece?

—Muy bien.

—Estoy encantado de que un espíritu superior, como el tuyo, refrende mis decisiones. Tengo que contarte lo que he oído anoche en la ciudad acerca de ti.

En este momento taladró el aire un terrible «¡ay!», lanzado por una voz humana, y cyóse ruido apresurado en unos matorrales próximos. El espectro pequeño lanzó otro grito y corrió a ocultarse tras de su compañero.

—Es un aldeano—tranquilizó éste—, a quien ha asustado nuestra presencia.

—¡Ah! —suspirió el fantasma de Jorge—, me cogió de improviso...; nunca me acuerdo de... Pero ahora verá.

Animado, de súbito, voló hacia el sombrío lugar donde había sonado el grito: pegó en el suelo tres botas, con los brazos abiertos; giró vertiginosamente sobre sí mismo, como una pecnza, y, por último, dió un doble salto mortal. El ruido de malezas violentamente separadas se fue alejando. El fantasma volvió.

—Ya lleva bastante—aseguró con cierto orgullo—; no creo que pare hasta meterse debajo de su cama.

Se abstraía un momento para encontrar la conversación en el punto donde la había dejado, y continuó:

—Quería decirte que se ha constituido un Comité para glorificarle: el Comité pro Juan de los Olmos.

—¿Y qué van a hacer?

—Naturalmente, su primer acuerdo fue trasladar sus cenizas.

—¿Adónde?

—No sé; pero eso se hace siempre.

—Creo que sí.

También nació una Asociación literaria: «Los Amigos de Juan de los Olmos.»

—¿Y esos...?

—Leerán muchísimos versos en una velada que están organizando. Pero como si se recitasen todas las poesías y todos los discursos escritos la velada duraría un mes, fué preciso establecer limitaciones. Entonces los excluidos se divorciaron de la Asociación y fundaron otra que se llama «Los afectísimos amigos de Juan de los Olmos».

—¡Ah!

—No se habla más que de ti. Han dado tu nombre a la antigua calle de las Musarañas. El Ministerio de Instrucción pública ha entregado tres mil pesetas al sobrino del subsecretario, que es perito agrimensur, para que escriba una Memoria acerca de tus libros. Todas las mujeres siguen llorando. Eres célebre, camarada. ¿No estás contento?

El fantasma del poeta alzó imperceptiblemente los hombros.

—No sé si será—comentó su compañero—mi poca costumbre de tratar espectros; pero se me antoja que tienes entenebrecido el carácter. Si no fuese—referida a nosotros—una incongruencia, te diría que pareces hipocondríaco. ¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Pues guarda en buen hora tu secreto; pero afirmo que, dentro de tres días, cuando vayan con toda pompa a buscar tus huesos para rendirles el honor que merecen, tú estarás allí, porque te llevaré yo, a la fuerza si es necesario. Y veremos si entonces te regocijas, alma en pena.

—No iré.

—¡Irás!

El espectro alto y delgado se detuvo y miró al espectro pequeño y gordo, plantado energicamente ante él. Hubo un silencio. Después, el espectro alto volvió a alzar sus hombros.

—Buenc—murmuró—; iré... Es posible que me divierta.

IV

—Creo que desde aquí veremos y oiremos perfectamente—dijo el espíritu de Jorge Monleón, encaramándose al sberbió panteón de mármol que guardaba los restos de un comerciante sin escrúpulos—. Ya está todo preparado. De entre esa tierra removida van a extraer tu esqueleto. ¿Qué tal está?

El fantasma de Juan de los Olmos hizo un gesto de disgusto.

—Impresentable. Desde luego, las falanginas y las falangetas no las encontrarán. Es un fastidio esto. Temo mucho pasar una vergüenza...

—¡Bah! No creo que hagan esta excavación con la esperanza de hallar una tumba faraónica. Me gusta este cementerio. Es confortable.

—Pero hay muchas ratas.

—¿Sí?

—Una plaga.

—¡Puf! ¡Qué asco de Municipios! No tienen el menor cuidado... Hemos llegado con mucha anticipación. Aún no se ve a nadie.

Callaron. Después de unos minutos de silencio, y acaso por quebrantarle, preguntó el poeta:

—¿Has vuelto a ver a tu viuda y a su amante?

—Sí—contestó el fantasma pequeño, moviendo alternativamente sus piernas, con el aspecto de un niño sentado en una silla demasiado alta.

—¿Qué hacían?

—Se entregaban francamente al amor.

—¿Oh!

—Una escena extravagante, del peor gusto, pero muy cómica. Estaban inmensamente chocarreros. Palabra de honor.

Como es natural, yo no podía hacer mi aparición en aquel momento ridículo. Me limité a reír. ¡Caramba! Reí como no había reído nunca. Al fin, me marché, pensando en cuántas ideas absurdas han acumulado los hombres sobre una sencillísima e ineludible ordenación del instinto... Ya no volveré más a aquella casa. Mi espíritu se ha elevado y considero los hombres y los actos de los hombres de una manera muy distinta de cuando yo era hombre también.

Detuvo el vaivén de sus piernas y meditó. Después puso una mano sobre el hombro del otro espectro.

—Camarada: me doy cuenta ahora de que he cometido una gran idiotez cuando quise matarles.

—Una gran idiotez—respondió como un eco el fantasma alto.

—Y cuando me maté a mí mismo, otra idiotez enorme.

—Enorme.

El fantasma pequeño suspiró. Y callaron. Fué creciendo, en la quietud del camposanto, un rumor; primero fué un susurro de la brisa en los cipreses; después, como prolongando este susurro, nació un lejano murmurar de voces humanas; y creció, y se ensanchó, y fué ya ruido de multitud en marcha.

—¡Están ahí! —exclamó el espectro gordo.

Y se vió aparecer por la avenida de cipreses un compacto gentío que caminaba con solemne lentitud. Muchas levitas negras, muchos sombreros de copa, varios estandartes de alegres colores. La muchedumbre fué acercándose. Algunas personas corrían entre las tumbas para ganar buen sitio cerca de la pequeña tribuna de tablas sin cepillar, alzada casi al borde de la fosa. Cuando los señores de levita llegaron a ella, se descubrieron; el gentío se descubrió también. El sepulturero saltó a la cueva, y desde arriba le ofrecieron la urna de plata que había de guardar las cenizas.

—Pero—clamó el fantasma de Juan de los Olmos, que se había puesto en pie sobre el remate del panteón del tendero—, ¿qué hacen? ¡Dios de bondad! ¿Qué hacen?...

—¿Qué hacen?—preguntó el fantasma pequeño, intrigadísimo, dando brinco para ver mejor.

—¡Oh!... Ya está... Cierran la urna... ¡Si esos huesos no han sido nunca míos!

—¿Cómo!—balbució Jorge Monleón, estupefacto—. ¿Estás seguro?

—Son los huesos de un afilador ambulante que enterraron encima de mí hace un siglo. Se han equivocado.

—¡Horrible! ¡Horrible!—comentó el fantasma pequeño, agitando sus brazos.

Un «¡chsss!» prolongado corrió por el recinto. Dentro de una de las negras levitas un señor subió a la tribuna. Extendió una manga negra, terminada en un guante negro, y comenzó a hablar. Era el presidente de «Los Amigos de Juan de los Olmos».

—Como una resurrección es este acto—dijo—. El olvido es la verdadera muerte, y en el olvido yació el genial poeta durante una centuria. He aquí, señores, que ahora el entendimiento humano se acerca a esta fosa y, como en el divino milagro, ordena: «¡Levántate y anda!» Y el muerto vive desde hoy entre nosotros.

Revoloteó un largo rumor de aprobación. Sólo el presidente de «Los afectísimos amigos de Juan de los Olmos» cochicheó, al oído del secretario, una ironía contra el orador. Un tercer personaje quiso conocer el epigrama: era el presidente del grupo—excisionado del anterior—«Los afectísimos a. a. y s. s. de Juan de los Olmos». Escuchó y rió la maldad ingeniosa.

El orador trazaba en este instante una biografía del poeta difunto. Cerca del

monumento donde se habían encaramado los fantasmas dos mujeres comenzaron a hablar.

—He contado cincuenta y tres chisteras—dijo una.

—Hay cuarenta y siete, nada más—afirmó la otra.

—¿Quieres apostar algo?

—Pongámonos junto a la puerta, cuando salgan, y las contaremos mejor.

El presidente de «Los Amigos» abandonó la tribuna y ocupó su lugar un viejecillo, con aspecto de burócrata, que aseguró que el ministro de Instrucción pública había sentido mucho que aquella ceremonia coincidiese con una cacería a la que le era indispensable asistir; pero que había encargado con insistencia que se le tuviese como presente. Después se encaró con los huesos del afilador ambulante y les dirigió muchas agradables imprecaciones. Por último, un joven pálido, de grandes ojos negros, leyó, un poco afectadamente, dos poesías de Juan de los Ríos.

—¿Quién es ese muchacho?—preguntó una dama elegante que estaba al pie del panteón del tendero.

—El primer galán del teatro del Príncipe.

La dama volvió a mirarle al través de sus impertinentes.

—Invítelo usted a mi almuerzo, amigo mío.

Y entornó los ojos para analizarlo mejor.

Poco a poco fué marchando la gente. Las chisteras brillaban bajo el sol. Sobre unas angarillas, la urna de plata que guardaba los restos del afilador desaparecía, cubierta por terciopelos. Los fantasmas quedaron solos en el camposanto.

—He aquí la gloria—exclamó sonriente Jorge Montleón.

—¡He aquí la gloria!—repitió amargamente su compañero.

—Nadie diría que te adviertes feliz.

El fantasma alto miró a su alrededor: los cipreses inmóviles y sugerentes, la blanca ciudad que se alzaba a lo lejos, y el hermoso sol, y las bellas formas del mármol cincelado, y las bandadas de pájaros que hacían el aire sonoro y más alegre la alegre mañana luminosa.

Y habló:

—Cuando yo vivía, camarada, unas migajas de esta admiración, de esta celebridad que me otorgan ahora, hubiesen bastado para colmarme de ventura. Entonces yo era un pobre diablo. Mis días fueron tristes. Padebí hambre. Dormí, en noches de tempestad, arrimado al quicio de una puerta. Todas las angustias me acompañaban en mi soledad. Amé y me despreciaron. Busqué el amparo de la

amistad, y no lo encontré. Yo sabía que en mí, en mi obra, había una sensibilidad superior, un valor que debía ser apreciado, y esta conciencia aumentaba mis amarguras. Entonces, algo de todo esto que ahora me ocurre me haría dichoso. En vivir hay una felicidad que yo no he gustado: la comodidad de un ho-

gar, el amor de una mujer, la admiración de los hombres... Yo he merecido todo eso, y nada tuve. La gloria humana hay que saborearla con labios humanos. Está hecha de caricias, de honores, de dinero, de alabanzas; de aquello que para nuestros sentidos corporales o para nuestra pobre y mortal vanidad pue-

de ser origen de gozo. Esta misma gloria póstuma mía, de eso está compuesta, pero nada es para mí. El dinero se lo lleva el editor que ha visto el negocio; los honores se los reparten los figurones que bullen en la mascarada admirativa, que no es raro esto de que el panegirista llegue a creer suya la fama del autor alabado, y las caricias serán para ese joven que conmovió con su apostura y con mis versos el corazón de una dama.

—Pero queda algo más—protestó el espectro gordo.

—¿Qué queda?

—La veneración de las gentes, tu nombre, tu obra siempre viva, y eso sí que es tuyo y nadie te lo podrá quitar.

—¿Y qué importan esos pequeños dones? ¿Qué importa a mi alma inmortal la inmortalidad—¡pobre inmortalidad de unos cuantos siglos!—de un nombre? Y si mi alma no existiese, ¿cómo podría asimismo importarme? Argumentas aún dentro del humano convencionalismo. Sin embargo, tú acabas de comprobar lo que hay de ridículo y falso en prejuicios que son fundamentales sobre la tierra. Por la traición de tu mujer, mataste; y ahora ves en esa traición una pequeña cosa grotesca, que tiene una raíz en el instinto. Todas esas ideas no tienen más valor que las que han aconsejado a cincuenta señores presentarse hoy aquí con un tubo sobre la cabeza. La gloria, el amor, los sombreros de copa... convenciones humanas. Por eso, tanto nos sirve ahora la gloria o el amor como una chistera.

—¿Y tus poesías?

—Bien están también para los humanos. Tristes palabras balbucientes que nada dicen, ¿cómo voy a estar envanecido de ellas? Para el espíritu libre que conoce la Verdad y la Belleza del Universo no son ni aun juegos de niños los toscos esfuerzos de los hombres que amasan el barro o unen vocablos sonoros o esparcen colores sobre un lienzo. Toda esta gloria la hubiera dado yo por un poco de felicidad humana, por la trivial y hermosa alegría de un adolescente que gana una flor natural en un ingenio concurso; porque aquella mujer a quien amé hubiese creído en mí y se conmoviese con mis versos, aunque nadie más los leyera en el mundo. La gloria póstuma no pasa de ser un sarcasmo. Convendría decir a los hombres: «Cuidad atentamente de pagar en vida, con vuestra moneda de vivos, vuestras cuentas de admiración y de gratitud.» Pero bien sé que aunque esto pudiéramos decirles no conseguiríamos nada.

Wenceslao FERNANDEZ-FLOREZ

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

Nos aproximamos, entretanto, a la vieja ciudad que engendró linajes esclarecidos y que conserva aún entre sus palmeras y sus ruinas restos de tradiciones hidalgas.

En las primeras penumbras de la noche tienen estas ciudades del pasado un encanto sugestivo y misterioso. Las campanas de los conventos se oyen sin cesar, llamando al rosario. En el vetusto templo las lámparas despiden una claridad débil e incierta. Varios adolescentes, pálidos, vestidos de acólitos, encienden los cirios. La fragancia de las rosas blancas parece que llegue hasta lo más íntimo de nuestro ser. Los gozos a la Virgen del Rosario, ingenuos y candorosos, producen una extraña y apacible impresión.

Tú eres la Rosa mejor
que remedia nuestro mal...

Ante el gran portafón esperan los jóvenes del pueblo a que acabe la función

religiosa. Entonces surgen figuras enlutadas, que cruzan fugazmente la plaza ornada de acacias polvorientas. Y vemos, tras ellas, a esas muchachas, tan espirituales, tan profundamente melancólicas, que son las flores de los pueblos españoles. Sienten la tristeza del ambiente en que viven, y ansían abandonarlo. Las veréis en las tardes de invierno, tras los vidrios de los balcones, en larga espera. El caserón es viejo, resonante y pavoroso de noche. Durante las veladas, la abuela recuerda, una vez más, galanteos de su juventud. Ellas, suspiran.

Nosotros evocamos todo ello en el momento de partir. Cae la noche, se encienden las luciérnagas... En la puerta misma del pueblo—tan querido, tan ligado a nuestra propia vida—saludamos a un grupo de clérigos. Un canónigo, encanecido y encorvado, habla de las verdades teológicas.

Jaime JORRO

CRÓNICAS LITERARIAS

Paisaje otoñal

Al abandonar el rincón levantino en que hemos permanecido algún tiempo, un sentimiento melancólico nos conmueve, con la íntima tristeza de las despedidas. Este buen caballejo, sobre el que cabalgamos, parece que lo sepa. Camina lentamente, como si presintiese que recorre el sendero por última vez. Sobre los maizales en flor cae la luz tamizada del crepúsculo. En el horizonte lejano del mar flotan, suspendidas, las primeras nubes cárdenas del atardecer. Tienen las tranquilas aguas irisaciones de turquesa.

Y es forzoso dejar esta placidez y estas tierras que se muestran con toda su maravillosa belleza en la tarde otoñal.

A TRAVÉS DE LAS LECTURAS

Libros recibidos

Odres viejos (poesías), por José Toral.—Confinados en la prosa, por tener ésta mejor mercado que los versos, casi todos nuestros buenos poetas actuales —muy pocos, por cierto—; sin granar aún los que encierran grandes promesas —muy pocos también en la hora presente—, y lamentablemente desorientados los demás cultivadores de la rima: los unos, deslumbrados por exóticos modelos; los menos, obedeciendo a hondas inquietudes espirituales, y los más, tratando de ocultar bajo formas novísimas y extravagantes la miseria del propio numen, lo cierto es que la poesía española está atravesando en nuestros días por un período de triste decadencia. De ahí

que la aparición de un buen libro de versos, debidos a un verdadero poeta, tenga que ser saludada con verdadero alborozo, como un acontecimiento literario de gran importancia. Este es el caso de *Odres viejos*, un volumen de poesías recientemente publicado. Su autor, el ilustre novelista José Toral, literato exquisito, se nos revela con esta hermosa colección de poesías como un alto poeta, de fuerte inspiración y seguro vuelo. Concedor de todos los secretos de la rima, y fiel, dentro de su espíritu moderno, a las normas clásicas, los versos de José Toral, no sólo brindan una perfección en la forma, que por sí sola bastaría para hacerlos sabrosísimos en estos tiempos de «ausencia rítmica» que padecemos, sino que, por estar llenos de honda poesía y proceder de una poderosa inspiración, movida siempre por elevadas ansiedades de belleza, constituyen la obra de un gran poeta, llamada a servir de fecundo estímulo en el campo de nuestras letras. *Odres viejos* merece un gran éxito y que muchas de sus bellas

composiciones, que de tal modo llegan al corazón, se aprendan de memoria, como ocurría en tiempos más venturosos con las rimas de nuestros grandes poetas.

La arrepentida (María Magdalena), por Marcela Vioux.—Se acaba de publicar esta hermosa novela de la admirable autora de *Une Enlisée*, traducida correctamente por A. de Sola. En un bellissimo prólogo que para esta versión española ha escrito Gómez Carrillo, dice el insigne cronista: «Esta niña, esta escritora nacida ayer, ha realizado lo que tantos maestros no han podido hacer: una obra ardiente, tierna, casta, fuerte e ingenua, describiendo esta serie de escenas idílicas que bien podrían ponerse en las márgenes del Evangelio.»

La casa de Claudina, por Colette Willy.—El ilustre novelista A. Hernández Catá ha escrito, para la traducción española de esta admirable novela de la genial escritora francesa, un magnífico

prólogo, del que entresacamos las siguientes líneas: «Un ensayo reposado acerca de las aportaciones de Colette a la novela contemporánea, revelaría aspectos sorprendentes del mérito de esta mujer que Molière no hubiese podido clasificar junto a las Agnes, las Philamantes, las Armandes y las Henriettes. Nada en ella guarda regusto erudito. No tiene manera ni, a voces, maneras: tiene estilo. Su ante está compuesto de menudos cinismos y de grandes rubores. Las que Quevedo llamó cultilatiniparlas y Francia llama «bas bleu» nada tienen de común con ella, que, de seguro, posee una magnífica ignorancia del latín y ha ido sin medias muchos días de su vida.»

El alma viajera, por José Francés.—Se ha puesto a la venta la quinta edición de esta hermosa novela, una de las obras mejor acabadas de su ilustre autor.

Una mala mujer, por A. Hernández Catá.—Se coleccionan en este volumen,

recientemente publicado, novelas cortas y narraciones breves, todas ellas del más alto valor literario.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Últimas publicaciones de gran éxito:

	Pesetas.
JOSÉ FRANCÉS:	
Dos hombres y dos mujeres, novela.	5
GUTIÉRREZ-GAMERO:	
El corregidor de Almagro, novela.	4
HERNÁNDEZ CATÁ:	
Una mala mujer, 2.ª edición, novela.	5
PÉREZ DE AYALA:	
A. M. D. G., la vida en un colegio de jesuitas, novela.....	5
VERLAINE:	
Carlos Baudelaire.....	4
GUIDO DA VERONA:	
Yvelise, novela.....	5
YESARES:	
Manual del mecánico electricista..	5

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y ESTACIONES
Concesionarios de venta: RIVADENEYRA

GRAN VÍA, 8 Y 10



ARGENTA
Luz más hermosa y más decorativa
para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: **ADOLFO HIELSCHER, S. A.**
Almacén de material eléctrico
MADRID: Calle del Prado, 30.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALA
ESQUINA A BARQUILLO
Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

BAÑOS DEL NORTE

Jardines, 16

ESTABLECIMIENTO HIDROTERAPICO, ABIERTO TODO EL AÑO

Aduana, 25

Baños especiales de este Establecimiento: Baños perfumados de rosa, violeta, lavanda, colonia, en sales apropiadas y con ropa afelpada, 5 pesetas.—Baño y ducha estimulante neuro-tónico, serie de diez, 35 pesetas.—Baños populares de cinco a ocho de la mañana y de dos a cuatro de la tarde, serie de diez, 10 pesetas.—Duchas frías, en cualquier aparato, 1,50; por abono desde diez, 1,25; por abono desde treinta, 1 peseta.—Duchas escocesas, calientes, alternas y orientales, 2,50; por abono desde diez, 2 pesetas.—Duchas de vapor, 3,50; por abono desde diez, 3 pesetas.—Servicio de ropa: sábana y toalla lisa, 0,25; afelpada, 0,50 pesetas.